

La subjetividad, un arrollo insalvable

Subjectivity, a Stream Insurmountable

Héctor de León¹

*Mirad las cosas desde el punto de vista de las cosas y descubriréis su verdadera naturaleza;
mirad las cosas desde vuestro punto de vista y veréis solo vuestros pensamientos*

Ghensha

Resumen

Cavilar sobre cómo el positivismo ha logrado continuar su exitoso ascenso a todos los palcos académicos del sistema educacional, transitando en la mente de muchos aplicados como si de la única vía para llegar al conocimiento válido se tratara, y desconociendo en medio de sus agigantados pasos otras formas de examinar la matizada realidad, otras epistemologías —como aquellas que se dibujan en la fenomenología social—, no deja de ser un asunto intrigante. Es ante esta incipiente y mediatizada escuela humanística que ha tambaleado el modelo científico. Luego de haber propendido siempre por alcanzar los más altos grados de objetividad en sus averiguaciones, ha debido apretar los puños y reconocer que muchos de sus ostentadores “objetivos” patinan sobre la propia naturaleza humana y sus convenciones, debiendo muchos de ellos admitir gota a gota la posibilidad de abordar los problemas con otros métodos, otras miradas, especialmente para aquellos casos que

se exploran en el errátil e intrincado mundo de las ciencias sociales y humanas, donde las subjetividades son aún más invadibles.

Palabras clave: positivismo, objetividad, subjetividad, hecho, ciencias socio-históricas

Abstract

Brooding about positivism has managed to continue its successful promotion to all academic boxes of the educational system, passing in the minds of many applied as if the only way to come to the knowledge they were invalid, and unknown among his gigantic steps, other ways to examine the nuanced reality, some epistemologies, such as those that draw on the social phenomenology, it remains an intriguing question. It is to this incipient and thoughtful humanistic school that has shaken the scientific model. Having tended always to achieve the highest degree of objectivity in their findings, has had to clench your fists and recognize that

Recibido: 17-01-2012 / Modificado: 12-04-2012 / Aceptado: 26-04-2012

¹ Licenciado en Educación física y Deportes de la Universidad de los Llanos y catedrático de la misma *alma máter*. Máster en Educación de la Universidad Santo Tomás. hectordeleon63@hotmail.com

Cómo citar este artículo: De León, H. (2012). La subjetividad, un arrollo insalvable. En: *Revista educación física y deporte*, 31, (1)p. 893-900.

many of their ostentatious “objective” spin on human nature and its conventions, and must admit many of them drop by drop the possibility of addressing the problems with other methods, other perspectives, especially for those cases that are explored in the erratic and intricate world of social and human sciences, where subjectivities are even more impassable.

Keywords: positivism, objectivity, subjectivity, fact, socio-historical sciences

La supremacía de las ciencias naturales en torno al conocimiento científico ha preponderado durante varios siglos, mostrando a su paso el poder avasallador de sus explicaciones, cautivando hasta los más incrédulos y exhibiendo un riguroso y sistemático método desarrollado en procura de darle alcance a la elusiva verdad. No solo han logrado ruborizar a la naturaleza desnudando algunas de sus más arcanas intimidades, sino que sin proponérselo, han desenmascarado, ridiculizado y sometido a capilla ardiente un rosario de apolillados y fraguadores dogmas que se habían pavoneado omnipotentes durante muchas centurias bajo la sombra de la fe.

Pero a tal punto creció su señorío, que durante los años medievales del siglo XIV empezó a desalojar de los pináculos académicos del conocimiento a las ciencias del espíritu, junto con otros saberes metafísicos como la religión, la filosofía —¡su propia madre!—, el arte y la estética. Efectivamente, aquel Olimpo positivista se arrogó el derecho de despedirlas con cajas destempladas mientras les abucheaban con el calificativo de “blandas”; sí, de blandujas fueron tachadas por su falta de objetividad, causalidad y determinismo en el peso de sus indagaciones y por el hecho de perderse siempre en los brumosos callejones de la *doxa* para regresar —presuntamente— con los bolsillos siempre vacíos de

episteme. Pero, ¿qué tan objetivas han sido las ciencias funcionalistas para que presuman de ello? Antes de cuestionar el blindaje a prueba de subjetividades de estas, es justo aclarar que sus modernos abanderados no se permiten la convicción de poseer conocimientos seguros e inamovibles; para ellos existirá siempre un margen de error; con implacable autocritica gremial cuestionan sus tesis, reconociendo siempre la provisionalidad de sus aseveraciones, ya que ni siquiera las leyes de la naturaleza pueden ser tomadas como absolutamente ciertas, pues contemplan siempre la posibilidad de encontrarse con circunstancias nunca antes examinadas que los pueden llevar a realizar todos los ajustes y enmiendas que sean necesarios.

De igual forma, reconocen aquellos propulsores que se agitan en el fuero interno como los prejuicios, los sentimientos y las emociones —como dignos primates—, que pueden interferir y traicionar alguno que otro de estos preceptos e influir en los resultados de sus investigaciones (“ciencia patológica”). O en el peor de los casos, las resultancias pueden verse afectadas por móviles coactivos, egocéntricos o codiciosos (“ciencia basura”)², como aquellos científicos apostados en la organización *Healthy Buildings International*³ —para acudir a un vivo ejemplo— que, luego de “exhaustivos” estudios, concluyeron que el humo del cigarrillo no es nocivo para los fumadores pasivos, dejando a las archimillonarias industrias tabacaleras a sus anchas. Por supuesto, no está de más aclarar que los patrocinadores de estos trabajos de zapa son las mismas compañías tabaqueras, a quienes les ha importado un rábano que fumar haya matado a 100 millones de almas en el siglo XX y que en esta centuria liquide anualmente a cerca de seis millones de personas, incluyendo otras 600 mil por humo de segunda mano (OMS, Día mundial sin tabaco. Mayo de 2011).⁴

² El término “ciencia patológica” fue acuñado en 1953 por Irving Langmuir (Premio Nobel de Química) y el de “ciencia basura” por Paul G. Giannelli.

³ Sagan, Carl (1997). *El mundo y sus demonios*. Barcelona: Planeta, p. 241.

⁴ Para este siglo se estima que pueden fallecer, a este ritmo, hasta 1.000 millones de fumadores. Disponible en <http://www.who.int/tobacco/wntd/2011/background/es/index.html>

Es en este sentido que la objetividad de los practicantes del modelo científico naturalista —dejando de un lado el eventual y lamentable aspecto de la corruptibilidad— se hace irremediablemente temporal, por cuanto sus ideas sufren modificaciones —bien por aportes o correcciones; radicales o efímeras— dejando de ser las verdades indiscutibles que eran, o dicho de modo sentencioso: “La verdad de ayer es el error de hoy. La verdad de hoy será el error de mañana” (Volek). Pero, ¿puede en verdad algún conocimiento cobrar significado sin no haber sido antes presa de la razón (ni hablar de su primer pontazgo: el de los sentidos) o, para rematar, sin pasar antes por el tamiz del lenguaje? ¿Cómo negar que “nosotros, seres humanos, acontecemos en el lenguaje (...) no tenemos ninguna posibilidad de referirnos a nosotros mismos o a cualquier cosa fuera del lenguaje. Aun para referirnos a nosotros mismos como entidades no lenguajeantes debemos estar en el lenguaje (...) y estar fuera de este es, para nosotros como observadores, sin sentido”⁵ Fue frente a esta “nueva” realidad que los positivistas recibieron un golpe de mar; aturridos han debido reincorporarse poco a poco y convenir en que el conocimiento ha de ser precisamente comunicado para constituirse en ciencia, es decir, que toda praxis científica está necesariamente mediatizada por una racionalidad social, y que sus producciones (modelos, teorías, postulados, etcétera), cualesquiera que sean, no son hechos reales sino construcciones culturales, formulaciones que llevan implícito un consenso⁶.

Así como no puede definirse de buenas a primeras el significado de la palabra “chucha”⁷ —por citar un coloquial y macarrónico caso— y dejar conformes tanto a vallunos, antioqueños, nariñenses, costeños, boyacenses, santandereanos, salvadoreños y demás hablantes, sin que estos terminen reclamando la inclusión de sus regionalismos en la voz señalada, asimismo puede ocurrir en las ciencias de la naturaleza donde las definiciones, soluciones o teorías que sustentan sus posiciones son ni más ni menos que representaciones mentales, esquemas conceptuales o modelos diseñados, que en últimas lo que pretenden es organizar y reproducir lo más fielmente que se pueda la realidad escudriñada, pudiéndose encontrar diferentes concepciones acerca de una misma teoría entre profesionales afines, como lo ejemplarizó Thomas Khun en *La estructura de las revoluciones científicas* (1962):

Un investigador que esperaba aprender algo sobre lo que creían los científicos que era la teoría atómica, le preguntó a un físico distinguido y a un químico eminente si un átomo simple de helio era o no una molécula. Ambos respondieron sin vacilaciones, pero sus respuestas no fueron idénticas. Para el químico, el átomo de helio era una molécula, puesto que se comportaba como tal con respecto a la teoría cinética de los gases. Por la otra parte, para el físico, el átomo de helio no era una molécula, ya que no desplegaba un espectro molecular.

⁵ Maturana, H. (2002). *La objetividad. Un argumento para obligar*. España: Dolmen, p. 48.

⁶ Sin que esto dé lugar a suponer que una teoría no es lo suficientemente fiel a la realidad para comprender el mundo, puesto que las teorías son logros intelectuales revolucionarios que ha alcanzado la humanidad; que pueden ser tan valiosos, seguros y duraderos como haber descubierto que la Tierra es la que gira alrededor del Sol y no lo contrario; debido a que están soportadas en evidencias. El error está en darle la interpretación popular, es decir, entenderla como si fuera lo mismo que hipótesis, especulación o conjetura o, en el peor de los casos, con el significado corriente de opinión o como algo meramente opuesto a la práctica.

⁷ En Cundinamarca, Tolima y Valle, es *sobaco*. // En Antioquia, Santander y Tolima, *el mal olor en las axilas*. // En Cundinamarca, Nariño y Tolima, *cobarde, de poco ánimo*. // En la Costa y Nariño, *vulva*. // En Antioquia, la Costa, Nariño y Tolima, *zarigüeya*. // En Boyacá, Cundinamarca y Santander, *dar uno las chuchas a alguien es dar la estrena*. Chucha es también una manera hipocorística (como cuando se llama a un Fernando, Ferna o a una Paola, Pao) para llamar a las mujeres de nombre *Jesusa*. En los pueblos mesoamericanos se le decía (en náhuatl) *chucho* al *perro* y chucha es en muchos países hispanos sinónimo de *perra*. En el Salvador, *chucho*, a es *tacaño, miserable*. En Sudamérica, *chucha, choro y concha* es la vulva. En Perú, chucha es *una clase de almeja* que los incas llamaban chucha en quechua. (Compilación de significados encontrados en el *Breve Diccionario de Colombianismos* de la Academia Colombiana de la Lengua [1992]. 2^{da} ed., Bogotá: Grupo Imagen 3, 232 p.).

De modo que fotografiar la naturaleza punto por punto, palmo a palmo, sencillamente le está negado al ser; solo se le está permitido tener una ilusión, jugar con probabilidades y tendencias, vivir con aproximaciones... acceder a la esencia de los hechos es físicamente inviable e incognoscible, solo se puede saber que las cosas son, pero no lo que son. Ahora mismo debe advertirse que el color negro de estas letras o la textura del papel que tientan ahora las yemas de sus dedos, verbigracia, no existe en aquel mundo externo, lo que usted ve y palpa “está ocurriendo”⁸ dentro de su cabeza, es una interpretación que hace el cerebro, sin la cual estas y las demás sensaciones (sabores, sonidos, olores, movimientos, etcétera) no podrían existir como tales, se trata de invenciones que representan la realidad de forma simplificada, “estructuras de la semántica intrínseca del SNC” en términos de Rodolfo Llinás (2001).

Desde luego, a pesar de no poder tener un conocimiento directo del mundo, este mecanismo ha sido crucial responsable en la supervivencia de todas las criaturas. Será por esto que todo parezca tan real, tan sólido —como atascados en una realidad uniforme—, y sea muy complicado aceptar que lo percibido es una representación simbólica del mundo. Es que ni siquiera se puede sostener de manera fehaciente que “existo”, pues todo lo que el individuo entiende por *yo* es con trabajo un estado mental, una especie de archivo de representaciones que se tiene de uno mismo para convertirse en una incesante experiencia, una autoconstrucción que ha elaborado la conciencia⁹ de sí misma. Un producto de la evolución.

Así pues, como señaló el gran Francis Crick (1990) “‘usted’, sus alegrías y sus penas, sus recuerdos y sus ambiciones, su propio sentido de la identidad personal y su libre voluntad,

no son más que el comportamiento de un vasto conjunto de células nerviosas y de moléculas asociadas”¹⁰. En otras insospechadas palabras: *Somos entidades abstractas*: ¿Desalentador? ¿Deshumanizante? No. ¡Iluminativo! ¡Liberador! Desesperadamente asombroso. ¿No significa un desafío intelectual mayor para alcanzar una conexión cósmica o interior aún más profunda? ¿No es acaso mejor encender una vela que maldecir la oscuridad?

Es por este motivo que se ha llegado a etiquetar los hechos con el rótulo de “fenómenos” y trabajar irremediablemente con imaginarios. Ya desde épocas milenarias el sabio Heráclito se adelantó decenas de siglos para advertir: “Los sentidos (...) nos engañan del mundo verdadero (...) el ser es una vana ficción. El mundo “aparencial” es el único que existe; el “mundo verdadero”, es pura invención”. Y así, en las altas esferas de la neurociencia se viene confirmado con cierto cosquilleo: “La conciencia es irreduciblemente subjetiva, más allá del alcance de la ciencia. Carecemos de una ciencia de la conciencia que contenga reglas para extrapolar propiedades subjetivas de la conciencia de propiedades de las neuronas” (Kandel, 2000).

La problemática ha debido surgir cuando se creyó que estaba siendo explicada (dominada) la naturaleza —incluyendo la humana— y que la realidad solo podía ser entendida con el método de las ciencias experimentales; como lo decretó sin recato Galileo Galilei al decir que “la naturaleza está escrita en caracteres matemáticos”. El fisicalismo había subestimado la exorbitancia de la realidad y desconocido el hecho de que los instrumentos mentales de que dispone para aprehenderla son igualmente complejos, limitados y diversos. Esta “subespecie” de pensadores se había concentrado en problemas epistemológicos

⁸ Ni siquiera hay tal instantaneidad, pues “incluso la lectura de esta página forma parte de la historia, pues la ven como era en torno a una milmillonésima de segundo (10^{-9} , 1 nanosegundo), no como es en este instante”. Por ejemplo, “la mayoría de los espectadores de deportes lo ven como si fueran en el año pasado, o, más precisamente, el microsegundo pasado, no en el instante preciso en que se anota un gol, sino casi un microsegundo después”. Atkins, Peter (2003). *El dedo de Galileo*. Madrid: Espasa, p. 282.

⁹ Un “rasgo neuronal”. (Koch, 2004).

¹⁰ Crick, Francis (1994). *La búsqueda científica del alma*. Madrid: Debate, S.A.

de orden lógico y metodológico, pasando por alto y con desdén otros como los ontológicos y teleológicos, que revisten también una importancia capital en la comprensión del mundo factual y, por ende, de las vicisitudes humanas.

Ni qué decir del papel que ha cumplido la *perspectiva* en la búsqueda del conocimiento válido; como lo supo demostrar el imaginativo Albert Einstein con aquellos cambios tan profundos y radicales que introdujo con su teoría de la relatividad, en los conceptos y nociones principales que la humanidad había creado hasta el momento, basados en la experiencia de la cotidianidad; dirimiendo finalmente la discusión sobre qué observador tiene la razón: todos la tienen y ninguno a la vez, pero con factibilidad todos podrán intercambiar o transformar sus datos e ideas contingentes y llegar a un feliz acuerdo con una misma legislación que aplique para toda la naturaleza. Esta paráfrasis indica que pueden tenerse varias visiones del cosmos, pero una sola cosmovisión. De paso un llamamiento: que esto último no se preste para darle cabida a creencias baladíes e infundadas.

Es que ni las “ciencias exactas” son verdades incuestionables¹¹ —“Aunque la mayoría de los matemáticos hablen de los números y los teoremas como si estuviesen escritos en el cielo”¹²—, puesto que son invenciones humanas que cumplen con el papel de organizar las experiencias sensoriales para intentar comprender el mundo. De modo, pues, que “el investigador de otra área no necesita envidiar la suerte del matemático, cuyas proposiciones no se refieren a hechos de

la realidad sino solo de nuestra imaginación. No debe sorprender que se llegue a conclusiones lógicas congruentes si uno se ha puesto de acuerdo en los axiomas fundamentales, así como en el método a seguir”¹³, lo que indica que “para argumentar científicamente no son indispensables las estructuras matemáticas, ni siquiera los principios mecanicistas, sino que bastan con que existan procedimientos sistemáticos de representación del mundo natural”¹⁴.

Se puede entonces afirmar que la objetividad es la otra cara de la misma subjetividad. Que toda “verdad” es a fin de cuentas subjetiva; a menos de que se quiera catalogar como “objetivo” todo conocimiento que se haya decidido fijar como verdadero por ser convencional, es decir, como toda actividad social que los individuos crean que es su “realidad” y que es asumida con la apariencia de “objetividad”. De este modo, cuando se defiende que una idea es “más objetiva” que otra, equivale a que el argumento acorazado es simplemente menos subjetivo. Por eso en estos planteamientos resulta oportuno llamar la atención sobre la confusión que suele darse entre las *proposiciones* (falsas o verdaderas) con los *hechos*. No es correcto afirmar que la silla sobre la que estoy sentado ahora es verdadera¹⁵, ya que “la silla es simplemente un hecho del mundo, y los hechos son los hechos, lo que es verdadero o falso son los enunciados o las proposiciones que describen los hechos. Del enunciado “la silla es de madera” sí puede decirse que es verdadero o falso, pero de los hechos como tales, de la silla como tal, no se puede afirmar que es verdadera o falsa, pues hacerlo sería un error categorial”¹⁶.

¹¹ Ejemplo: “El teorema de Gödel, que establece límites fundamentales sobre las matemáticas, conmovió a la comunidad científica, ya que destronó la creencia muy extendida de que las matemáticas son un sistema completo y coherente basado en fundamentos lógicos simples”. Hawking, Stephen (2002). *El universo en una cáscara de nuez*. Barcelona: Crítica / Planeta, pág. 139.

¹² Bolaños Guerra, Bernardo (2002). *Argumentación científica y objetividad*. México: UNAM.

¹³ Einstein, Albert (2002). *Mi visión del mundo*. 4. Ed. Barcelona: Fábula, p. 151.

¹⁴ Popper, Karl (1982) *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona: Paidós, p.387.

¹⁵ “De ahí que la valoración se realice con lo que está allí, en la conciencia y no con lo que está en el fenómeno, objeto o proceso (...) se ha partido del supuesto de la existencia exterior de los hechos con independencia de los contenidos de la conciencia, lo cual es absolutamente falso (...) Necesariamente todo científico tiene que usar un andamiaje categórico-conceptual para construir conocimiento” Cobarruvias, Francisco (2007) *El carácter relativo de la objetividad científica*. Universidad de Chile: Cinta de Moebio.

¹⁶ Posada, Gregorio (2005). *La Subjetividad en las Ciencias Sociales, una cuestión Ontológica y no Epistemológica*. Departamento de Filosofía. Universidad de Caldas.

Por eso cuando una entronizada teoría no corresponde con la realidad o se contradice con algún hecho —por indiscutible que esta parezca a los ojos de la comunidad científica, o por más respetado o brillante que sea su postulante—, triunfa su majestad el *hecho*.

Así, retomando lo sucedido párrafos atrás en la puerta de aquel limbo positivista, puede quimerizarse al filósofo idealista alemán Wilhelm Dilthey (escultado por Simmel, Rickert, Weber, entre otros, a finales del siglo XIX y principios del XX) tocando a esta encastillada doctrina con la decidida intención de abrirle los ojos a aquellos celícolas del saber que consideran la teoría del conocimiento de su particular propiedad, diciéndoles que hay otras ópticas científicas, otras formas de representar la realidad, otras alternativas epistemológicas que ellos no han querido ver, como las socio-históricas, las que tienen por objeto el estudio de la dimensión humana y que, por tanto, disponen de sus propias metodologías. A esto los altivos residentes (Comte, Berkeley, Hume y otros) seguramente le habrían replicado con mentón en alto y aires de suficiencia, que indignos son de pasearse por aquellos sapientísimos pasillos por no lograr hacer generalizaciones de amplio alcance, ni suministrar normas objetivas y verificables. A lo que tal vez habría refutado Dilthey y compañía con santa paciencia: No siempre se puede ser explicativo, predictivo y nomotético. Ustedes desconocen los alcances del poderío hermenéutico, de la descripción (no pura), de la interpretación; como mecanismos que pueden llevar a la comprensión del mundo. Además —diría tal vez Popper con cierta comezón abriéndose paso entre los visitantes, luego de un ajetreado viaje en el tiempo junto con Khun, Durkheim, Lakatos, Feyerabend y algunos más desempolvándose las solapas—: Qué pueden hablar ustedes de objetividad si todo conocimiento es a final de cuentas una hipótesis y los conocimientos científicos no son exceptivos ante ello, son apenas conjeturas, susceptibles de

ser validadas mediante la comprobación de los procesos de falsación.

Bien, no obstante, a pesar de que las ciencias socio-históricas han sido abrazadas con respeto por la teoría del conocimiento, por espulgar trozos importantes de la dinámica humana, debe rememorarse con estupor que el funcionalismo se mantuvo reinando hasta 1970 como el marco idóneo de referencia para el estudio sociológico de la educación; hasta cuando Alfred Schutz con su fenomenología social y el dúo Berger-Luckman con la sociología del conocimiento, hicieron sus reconfortantes apariciones con un nuevo arsenal epistemológico para hacerle frente a hechos tan complicados de penetrar como lo son las volubles interacciones humanas, pues se requería un abordaje diferente, ya que este problema no podía continuar siendo exclusividad de las “ciencias fuertes”, puesto que aquellas técnicas, que daban explicaciones exentas de juicios de valor y con leyes impersonales distantes del control del mismo sujeto, no se ajustaban a tal efecto, porque —se hace necesario remachar este clavo—: “la sociedad solo es “real” y “objetiva” en la medida en que sus miembros la definen como tal y se orientan ellos mismos hacia la realidad así definida”¹⁷ y “el fundamento de la verdad no está en las cosas, sino en el sujeto, cuya mente discrimina entre la validez de unos juicios y otros, tomando como criterio la certeza”¹⁸. Queriendo esto decir que la realidad social y sus reglas no solo pueden llegar a ser inteligibles si se atienden los significados subjetivos públicamente “correctos” que se manejan, sino que además de ello deben ser puestas en contexto.

Pero atentos, que el discurso del subjetivismo no los haga resbalar en relativismos radicales, para terminar considerando plausible que las vacas vuelan, los muertos resucitan, Supermán es un hecho... u otros desvaríos y creencias, por aquello de que todo depende desde qué punto

¹⁷ Carr, Wilfred y Kemmis, Stephen. (1998). El planteamiento interpretativo de la teoría y la práctica educativas. En *Teoría crítica de la enseñanza*. Barcelona: Martínez Roca, pp. 98-114.

¹⁸ Muñoz Torres, Juan Ramón. (2002). Objetividad y verdad. Sobre el vigor contemporáneo de la falacia objetivista. Universidad Complutense de Madrid: *Revista de filosofía*, 27, (1).

de vista se mire el asunto, o que cualquier cosa puede ser verdad si se trata de un consenso de intersubjetividades. Tales arbitrariedades convencionalistas sencillamente hundirían el conocimiento científico. Ni mucho menos perderse en juegos de palabras (retóricos, protagóricos, falsacionistas, verificacionistas o circulares) como que: si todo es relativo entonces nada es verdadero, todo son apariencias, por tanto, nada se puede decidir y no hay necesidad de la verdad; que si “no hay opiniones falsas ni verdaderas”, luego esta afirmación cómo puede ser verdadera (o viceversa)... y demás giros y saltos argumentales surrealistas con apariencia de razonable que no contribuyen en nada a la disipación o al descubrimiento. No. Debe focalizarse que la coherencia interna de la ciencia dispone de un mecanismo capaz de conceder elevados grados de certeza, es decir, conocimientos con estrechos margen de error. Está visto que se trata de una racionalidad y una emocionalidad especiales que se proponen seguir un procedimiento sistemático despiadadamente autocrítico a la hora de estudiar las representaciones del mundo natural, lo que le granjea conocimientos altamente válidos (aunque la “certeza” misma sea a fin de cuentas un estado mental). Sin que los científicos sociales sean la excepción, ya que estos obtienen rangos de precisión o símiles de verdad importantes donde “Lo importante es que todos se encuentren inmersos en el mismo sistema con los mismos instrumentos conceptuales y categóricos, un universo de razonamiento común, con resultados similares, y estarán en condiciones de extirpar como error todo lo que se desvía de esa unanimidad”¹⁹. Así, la intersubjetividad científica —con sus debidas cargas de escepticismo— no implica sucumbir a un relativismo generalizado, a una actitud energúmena de incredulidad a todo, ni mucho menos a llevar una vida anárquica.

Fueron entonces estas refrescantes propuestas una invitación a abandonar la creencia de la “realidad objetiva” y a entregarse a las validaciones intersubjetivas, a enfrentar el reto de descifrar la intencionalidad que esconden las acciones de los sujetos. Así, los naturalistas modernos la han venido aceptando, poco a poco han abandonado su vieja cosmovisión de relojería para introducirse con tiento en las teorías de la complejidad y de la incertidumbre, es decir, en aquellas ideas anti intuitivas que tanto vapulearon; para finalmente asumir la fuerza del inexorable influjo colectivo y emocional en la construcción del saber. Por eso “la ciencia de hoy ha reconceptualizado los conceptos de espacio, tiempo, materia, energía, causalidad, legalidad, determinismo, mecanicismo, racionalidad, y a la vez, ha incorporado a su interior conceptos que siempre fueron considerados acientíficos o metafísicos, tales como los de la vida, destino, libertad, espontaneidad, irreversibilidad, complementariedad e indeterminación”²⁰. Es en esta dirección que la educación debe reformarse, propiciando un diálogo sensato, sistemático y transdisciplinario entre estos paradigmas científicos e ilustrar con la mayor creatividad de que sea capaz; superando la sobreespecialización e integrando el conocimiento, sobre la base de que el ser humano es a la vez biológico (el sustrato)²¹, psíquico, cultural, social, histórico...

Se trata de una visión multidimensional y multifactorial que precisamente llevó a repensar la educación física para liberar al cuerpo del confinamiento mecanicista y sensorial que durante varios siglos lo mantuvo estereotipado como una “pasiva cámara cinematográfica” (Sábato, 1963) reproductora de movimientos que desconocía las ventajas complementarias que representaban otras miradas hermenéuticas (pedagogía,

¹⁹ Bolaños, *Op. Cit.*, p. 55.

²⁰ Morales Charry, Ariel (2002). *La renovación de la ciencia contemporánea*. Disponible en: <http://www.monografias.com/trabajos10/reci/reci.shtml>

²¹ La *subjetividad*, el *sí mismo*, no son ‘cosas’, sino la “propiedad de un complejo proceso representacional desplegado en un sistema físico” (Metzinger, 2003).

sociología, antropología, axiología, biopolítica, sociomotricidad, sociobiología, etcétera) capaces de abstraer toda suerte de experiencias que le posibilitan hacer lecturas distintas, esclarecedoras e integrantes, pues ya “no se trata solo de ‘lucir’ la anatomía corporal, sino de dejar aflorar los símbolos que los cuerpos pueden llegar a transmitir” (Planella, J. 2005). Pese a que en muchos escenarios educativos aún se adolezca de aquella miopía intelectual particularizada por un exclusivismo disciplinar biologicista que hace de la objetividad su evangelio.

Ahora bien, al margen de otras consideraciones y de la fogosidad volcánica que despliegan ahora las investigaciones que adelantan y erigen las ciencias sociales, el escepticismo de estas humildes líneas las encuentra en la pubescencia, pese a hallarlas en edad de merecer camino a su edad de oro. Por eso es primordial continuar en el pulimento de sus mecanismos de sondeo y de introspección; perder el temor a la perspectiva, ya que la difusa línea que la separa de la perspectiva puede hacer que estas se puedan acoplar, puesto que sus pretensiones no deberán agotarse en la decodificación de las dinámicas históricas, sino atreverse a profundizar en los factores que zurzan estos tejidos sociales y hacen posible que subsistan; tampoco se estacionarán en la exégesis de las intencionalidades, sino que escrutarán qué es lo que las provoca, las conduce, las puede engañar o condicionar (como lo pueden ser las creencias, las ideologías, las idiosincrasias, etcétera). Tampoco se limitará a leer la conciencia de los examinados, sino que buscará transformarla, ofreciéndole un amplio abanico de posibilidades de cambio, sabiendo aprovechar las bondades que puede ofrecerle una pedagogía por antonomasia investigativa.

En fin, pese a quien pese, por más que los científicos explicativos busquen examinar prolijamente sus respectivas realidades con la severidad, la neutralidad e impasibilidad que exija o merezca la cuestión, no podrán evitar naufragar siempre en las variopintas y vivificantes aguas de la subjetividad.

Referencias

1. Bunge, M. (1985). *Epistemología*. Barcelona: Ariel, S. A.
2. Crick, F. (1994). *La búsqueda científica del alma*. Madrid: Debate S. A.
3. Damasio, A. (2003). *El error de Descartes*. Barcelona: Crítica.
4. Dilthey, W. (1978) *Introducción a las ciencias del espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica.
5. Echeverría, J. (1998) *Filosofía de la ciencia*. Madrid: Ediciones Akal.
6. Kuhn, T. S. (1992). *La estructura de las revoluciones científicas*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
7. Llinás, R. (2001). *El cerebro y el mito del yo*. Bogotá: Grupo editorial Norma.
8. Maturana, H. (1997) *La realidad: ¿objetiva o construida?* Barcelona: Universidad Iberoamericana (México), Anthropos e ITESO.
9. Morin, E. (1996). *El paradigma perdido*. Barcelona: Paidós.
10. Planella, J. (2005). *Pedagogía y hermenéutica del cuerpo simbólico*. *Revista de Educación*, 336.
11. Popper, K. R. (1996). *Un mundo de propensiones*. 2^{da} ed. Madrid: Tecnos.